

CONFERENCIA SOBRE
PEDRO HENRIQUEZ UREÑA

Por el Profesor Juan Jacobo de Lara

Señor Rector,
Señores Catedráticos,
Damas y caballeros:



HACE unos veinte años, cuando yo hacía mis estudios para el doctorado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Columbia, en New York, tomé el primero de varios cursos en Literatura de Hispano América; y el catedrático habló y habló, muy elogiosa e impresionantemente, de Pedro Henríquez Ureña, como el más importante y eminente ensayista crítico de la literatura hispanoamericana.

La elocuencia y entusiasmo del catedrático me cautivaron, y el hecho de que hablaba de un compatriota mío, me indujo a escribir mi trabajo para su curso sobre Pedro Henríquez Ureña, Ensayista Crítico.

Así descubrí la figura literaria de quien ya era una importante personalidad en las letras y en el pensamiento hispánicos.

Mi interés por don Pedro continuó y creció, y al fin decidí escribir mi disertación doctoral sobre él, pero en forma panorámica a fin de incluir todos los aspectos de su vida y de su obra. El resultado fue un trabajo de orientación sobre el sujeto, titulado "Pedro Henríquez Ureña, su vida y su obra" que ahora, años después, sale a la luz pública en esta prestigiosa casa de estudios que lleva su nombre, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

¿Cómo surgió y cómo se formó Pedro Henríquez Ureña? Surgió de un hogar de intelectuales y maestros, y se formó por medio de una vida de estudio y de esfuerzo.

Tanto de su padre, distinguido profesional y hombre de letras, como de su madre, poetisa y educadora, heredaron Pedro y sus hermanos su talento y su afán de saber.

De su madre heredó Pedro el amor a la poesía, y de su padre heredó el espíritu científico. De ambos heredó su devoción al magisterio y a las letras. Ambos fueron sus primeros maestros.

Su madre, la insigne Salomé Ureña de Henríquez, reconoció en Pedro cuando él era todavía un niño, lo que iba a ser, y lo vaticinó con increíble acierto.

*Mi Pedro no es soldado; no ambiciona
de César ni Alejandro los laureles;
si a sus sienes aguarda una corona,
la hallará del estudio en los vergeles.*

*Así es mi Pedro, generoso y bueno;
todo lo grande le merece culto;
entre el ruido del mundo irá sereno,
que lleva de virtud germen oculto.*

Durante sus años adolescentes en Santo Domingo, antes de irse al extranjero, Pedro formó parte integrante de un grupo juvenil literario que se reunía diariamente y leían y comentaban obras clásicas y literatura contemporánea. Entonces tenía Pedro para el estudio todas sus horas. Luego, enfrentado con la lucha

de la vida en tierras lejanas sólo tendría para el estudio algunas horas. Ya escribía crónicas, crítica literaria y teatral, y poesías.

A los diez y seis años, graduado de bachiller, partió para Nueva York; comenzaba su larga carrera de esfuerzos y triunfos en el extranjero, pero ya tenía cierta reputación literaria entre la juventud dominicana.

Los años formativos de Pedro en su patria habían terminado, e iba a vivir en el extranjero el resto de su vida. Aunque siempre fue un buen dominicano, lo fue desde lejos.

Durante los tres años de esfuerzo y estudio que pasó Pedro entonces en Nueva York escribió algunas de sus mejores poesías y también escribió prosa. Todavía predominaba en él el poeta, pues no fue hasta el año 1904, al trasladarse a La Habana, cuando comenzó a imponerse en él el prosista.

En La Habana apareció su primer libro, *Ensayos Críticos*, en 1905.

Así encontramos a Pedro, a los veinte y un años de edad, un escritor de alguna reputación, autor de un libro, ensayista y crítico, colaborador de revistas y periódicos, y también poeta.

Leyendo hoy los ensayos críticos de ese primer libro nos asombra la penetración de sus juicios sobre temas entonces nuevos o desconocidos en nuestra América.

En La Habana, sin embargo, le faltaba a Pedro una orientación determinada y decidió irse a Méjico.

Pedro se impuso en Méjico en seguida dentro de un grupo literario de jóvenes, y pronto llegó a ser el Sócrates de esa juventud intelectual y estudiosa con sed de cultura.

Como ha dicho su hermano Max, “la personalidad de Pedro se singularizaba por su temperamento de Maestro. Conversar con él era aprender. Enseñaba, enseñaba siempre con naturalidad y sin esfuerzo ni vano alarde de saber. En todo momento era, por excelencia, Maestro.”

En esos primeros años en Méjico la producción literaria de Pedro fue cuantiosa y aparecía en periódicos y revistas de Méjico, Cuba y Santo Domingo, pero escribió ya muy pocas poesías. Al abandonar la poesía, sin embargo, había asegurado ya una posición sólida como escritor.

En 1910 apareció su segundo libro, *Horas de Estudio*, que tuvo tan buena acogida como había tenido el primero. Tanto en la América española como en España, y hasta en París recibió el libro merecidos elogios.

La fama de Pedro Henríquez Ureña como escritor joven, de talento y buen gusto, se había pues establecido en el mundo hispánico literario.

Hacia 1914, la situación política del país le obligó a salir de Méjico y se fue otra vez a La Habana, desde donde siguió, a fines de ese año, hacia Washington, como corresponsal del *Heraldo de Cuba*.

En los años jóvenes de Pedro como escritor hubo dos elementos que son de vital importancia en la formación de un prosista: la poesía y el reportaje periodístico.

Pedro comenzó como Poeta y aunque pronto dejó de escribir poesías, siempre tuvo un alma de poeta y siempre amó la poesía, a tal punto que mucho de su obra escrita es sobre versificación. La filología fue una de sus disciplinas favoritas.

Su reportaje periodístico, que ocupó siempre la mayor parte de sus escritos, aunque en realidad era ensayística, se sometía al estilo breve y conciso y claro que demanda el limitado espacio que permite un periódico o una revista. Aunque escribió tanto para periódicos y revistas, no fue un periodista sino un ensayista.

El ensayo fue el medio de expresión literaria y artística en que Pedro Henríquez Ureña presentó sus temas críticos, temas literarios y temas históricos.

Consideremos primero al ensayista crítico. En 1904 formuló juicios críticos sobre Rodó que hoy se le aplican al propio don Pedro. Dijo entonces que Rodó era el ensayista más brillante de la lengua castellana, y eso se ha dicho muchas veces de don Pedro posteriormente. Parece como si hubiera adoptado como norma propia, y con su superior maestría hubiera perfeccionado, el estilo literario de Rodó. Con marcada intención dio a su primer libro el título de *Ensayos Críticos*, porque decía que él no era un crítico sino un Ensayista crítico, que su género literario no era la crítica sino el ensayo.

Una cualidad que no se encuentra en el ensayo de Henríquez Ureña es la subjetividad. Siempre fue objetivo y mantuvo su criterio intelectual desapasionado. En un ensayo corto, pero magistralmente escrito, aprisiona él con claridad y precisión, lo que otros sólo pueden expresar en uno o dos volúmenes sin decirnos más ni decirnoslo mejor. Lo que don Pedro publicó fue siempre el resultado de sus detenidas reflexiones o de sus cuidadosas investigaciones.

La prosa perfecta de su plenitud, la logró por medio de su constante disciplina en el estudio y en su propia forma de expresión. Si de joven fue poético y escribió algunas veces lo que podríamos llamar prosa poética, en su madurez su estilo fue siempre sobrio, objetivo y conciso. ¿Qué influencias pudieron determinar este cambio en su estilo? Para contestar esta pregunta se podría teorizar, pero no será posible encontrar la respuesta acertada. No sería tampoco posible llegar a conocer a fondo, a comprender, al verdadero Pedro Henríquez Ureña. Se escondía detrás de su cortesía, de su sonrisa benévola y prevenida con que siempre asentía sin ceder ni realmente asentir.

Esa personalidad de Pedro Henríquez Ureña junto con el hecho de que él daba su tiempo y su saber generosamente, hizo que todo el que le conoció le recuerde con una admiración que raya en veneración. Tanto en Méjico como en la Argentina surge en el recuerdo, la figura de un hombre grandioso, dentro de la más profunda sencillez. Es una inspiración el estudiar la vida y la obra de un hombre tan ejemplar, tan íntegro, tan fundamentalmente culto y caballero! Un hombre de una moralidad y dignidad intachables, y de una intelectualidad cabal, innata, y absolutamente propia.

Hay que considerar a Pedro Henríquez Ureña en sus diferentes aspectos separadamente: su aspecto como escritor, su aspecto como maestro, su aspecto como orientador, y su aspecto como humanista.

Su cuantiosa obra escrita lo establece como escritor, y la calidad de su obra escrita lo consagra como buen escritor.

Su espíritu socrático se manifestó en él desde la infancia. Enseñar fue la motivación más poderosa de su vida; enseñar y orientar.

Se le ha llamado el continuador de los grandes pensadores de Hispano América, de aquellos que forjaron el pensamiento hispanoamericano durante el siglo 19: Bolívar, Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí. Y de aquellos que fueron la transición entre los dos siglos: Darío y Rodó.

En sus famosos mensajes se dirige Henríquez Ureña a la juventud de América. En "El descontento y la Promesa" se refiere al descontento de la generación joven contra la obra de sus mayores, y la promesa que se hacen de lograr algo mejor. Es una síntesis panorámica del pasado de hispanoamérica en sus luchas, buscando su propia expresión.

En "La Utopía de América" él mira hacia el futuro, a ese futuro utópico que nos forjamos en nuestros esfuerzos por lograr esa expresión propia y genuina de nuestra América. Ese mensaje va seguido de su corolario, "Patria de la Justicia", en que predica el ideal de justicia junto al ideal de cultura, y que para lograrlo hay que trabajar, con fe, con esperanza, todos los días.

En uno de sus mensajes nos habla de "La América española y su originalidad" y en otro de los "Caminos de Nuestra Historia Literaria". Ambos son mensajes orientadores, como lo fueron tantos de sus escritos, para alumbrar el camino de las generaciones jóvenes por la senda hacia una magna patria americana justa y libre.

Ensayo tras ensayo, Henríquez Ureña insiste en el mismo tema, nuestra América: buscar en su pasado las corrientes espirituales que definan su presente, y buscar en nuestra expresión propia las fuerzas luchadoras que determinen el porvenir.

En sus últimos años, en su plenitud como historiador y como orientador de nuestra América llegó don Pedro a su tesis fundamental: la busca de nuestra expresión en el estudio de nuestra historia, seguir las corrientes culturales, sobre todo literarias, en Hispanoamérica.

El americanismo orientador de don Pedro llegó a su plenitud en la Argentina, y se manifiesta en sus mensajes a la conciencia intelectual de América. Lanza su acto de fe: "Nuestra América debe afirmar la fe en su destino en el porvenir de la civilización".

En 1928 publica don Pedro su libro *Seis Ensayos en busca de Nuestra Expresión*", cuyo tema es que nuestra América busca su propia, genuina expresión entre el concierto de naciones. Su mensaje va en busca de aquellos que se preocupan por el problema espiritual de nuestra América, aquellos que padecen el ansia de nuestra expresión pura y plena.

Así orientó don Pedro en sus mensajes, continuando y ampliando la obra de Rodó. En su ensayo de 1905 dijo que a definir el ideal de Hispanoamérica tendía Rodó, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual. Fue como si eso mismo se fijara en la mente del joven Pedro, pues a definir el ideal de Hispanoamérica tendió siempre él, a definirlo y fijarlo en la conciencia de la juventud intelectual de América.

Su preocupación más honda fue el tema fundamental del espíritu de nuestra América. El tema americano es el que sobresale en toda su obra.

A fin de llegar a comprender la contribución de América a la cultura occidental, Henríquez Ureña siempre volvía al tema de nuestra identidad propia, nuestra genuina expresión americana dentro de esa cultura occidental.

Como historiador de Hispanoamérica, Pedro Henríquez Ureña estudió la historia literaria de España como base fundamental de la nuestra, y se remontó a la cultura griega como raíz fundamental de todas las civilizaciones posteriores en occidente. Temprano en sus escritos dijo que el pueblo griego introdujo en el mundo la inquietud del progreso; que descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es, y socialmente vivir mejor de como vive; que no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección; que juzga y compara; que busca y experimenta sin tregua; que no le arredra la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Mira hacia atrás y crea la

historia. Mira al futuro y crea las utopías, las cuales, no lo olvidemos, pedían su realización al esfuerzo humano.

Los movimientos de cultura fue lo que fundamentalmente le interesó. Tantos le han llamado un Humanista y, como tal, estudió la cultura universal, y sobre todo la española como base de la nuestra en Hispanoamérica. De modo que él fue en primer lugar un Hispanista, fundamentalmente un Americanista, y por último, un Humanista, un Humanista Americano.

Queremos aquí repetir las palabras de Francisco Romero, el humanista argentino: "El americanismo de Henríquez Ureña se fundía con su humanismo, sin mengua de su universalidad".

Fue, pues, un humanista, y también fue un Apóstol, un apóstol de nuestros tiempos.

Pedro Henríquez Ureña estudió el pasado y observó el presente. Al mirar hacia el futuro creó su utopía de América, utopía a la manera griega, utopía de una América mejor, utopía de la magna patria. En su mensaje predicó su fe en el destino de nuestra América y predicó la necesidad de una comunión espiritual de las naciones y de los hombres que las componen.

Predicó la necesidad de trabajar, con fe, con esperanza, todos los días. Trabajar por el ideal de la magna patria, de Nuestra América, dijo él, es el deber y el privilegio de todo buen hispanoamericano.

Cada día hay más conciencia de lo importante que es la unidad de nuestro continente. En su profundo americanismo Pedro Henríquez Ureña predicó esa unión de los pueblos de Hispanoamérica. Lo predicó siempre, con su obra y con su ejemplo, y dejó muchos continuadores que han seguido sus prédicas.

Este dominicano de nacimiento, y buen americano en el más amplio sentido de la palabra, ejerció su americanismo a todo lo largo de su vida.

Sus tantos viajes y su vasta cultura contribuyeron grandemente a la universalidad de Pedro Henríquez Ureña. Su gran patriotismo rebasó, desde muy temprano, las fronteras de su patria. México y la Argentina lo reclamaron como suyo, pero él fue un americanista consumado. Somos de ascendencia

española, decía, pero sobre todo somos indígenas, es decir, americanos. Y como americanos, él consideró que debíamos formar, todas las naciones de habla española en América, una magna patria. Su tema principal fue el de orientar hacia esa identidad propia y universal de Hispanoamérica.

Don Pedro nunca cambió su ciudadanía. Murió dominicano. El americanismo y el universalismo tan profundos que sentía no empañaron el entrañable amor que sintió siempre por su país natal, por su patria dominicana.

Se le llama ciudadano de América y América fue su gran preocupación, pero siempre llevó en el corazón la patria que le vio nacer. Sus numerosos trabajos sobre Santo Domingo, que se extienden a todo lo largo de su carrera, así lo atestiguan.

Don Pedro fue un hombre cultísimo. Fue un hombre sabio. Fue un hombre bueno.

El magisterio fue el principal vehículo de su expresión. Su cátedra y su pluma fueron los instrumentos de ese magisterio, el cual nunca dejó de ejercer y que animaba todas sus acciones.

Tal vez una de las más convincentes indicaciones de su valer es al extremo que han persistido y florecido los principios y objetivos que él valorizó y acentuó. Su excelencia fue de un tipo quieto y penetrante; ni sorprendía ni deslumbraba, pero gradualmente, con el tiempo, transformó y sigue transformando el modo de pensar de Hispanoamérica. El nos confrontó con nosotros mismos: nada más valioso. Esa fue, esencialmente, la contribución de Pedro Henríquez Ureña a su época.

¿Por qué viajó tanto don Pedro? ¿Por qué vivió en tantos países diferentes a lo largo de su vida? ¿Por qué abarcó su carrera tantos géneros literarios y académicos?

El siempre buscaba un ambiente espiritual e intelectual mejor. Buscaba su propio mejoramiento espiritual y material, pero no lo encontró ni en su patria, ni en Méjico, ni en Cuba, ni en los Estados Unidos. Solamente en la Argentina encontró el mejor de los ambientes, que no fue perfecto, pero sí el más propicio para sus aspiraciones y para sus afanes.

En su tanto viajar y cambiar de ambientes, don Pedro iba cambiando también, modulando su actitud y sus ideas a medida que seguía en su ruta de misionero intelectual, por las Américas.

El espíritu y el estilo poéticos de su juventud fueron desapareciendo en sus escritos; y el espíritu científico se impuso por medio de la Filología, la cual influyó su estilo. Ese estilo que llegó a ser tan compacto, preciso y claro. Ese estilo en que podían aparecer residuos poéticos pero en el cual se imponía una prosa en que ni sobraba ni faltaba nada.

De igual manera fueron moldeándose sus aspiraciones, sus propósitos, sus convicciones, culminando en los escritos de su época argentina, de su plenitud, en sus mensajes a la juventud de América, esa juventud que se inspira en él.

La mejor lección que nos dejó Pedro Henríquez Ureña fue su ejemplo. Su ejemplo tanto como su obra le hace inmortal.

Por lo que hizo y por lo que fue, se venera hoy en Hispanoamérica a Pedro Henríquez Ureña.